

la Tierra nos representaba la consumación de todas las cosas. Ahora, esas ideas falsas se han alejado de nuestros espíritus mejor iluminados; ahora conocemos mejor nuestro estado real. Sabemos que la Tierra no es más que un astro oscuro, y que su habitante sólo es un miembro de la inmensa familia que puebla la creación entera.

¡Oh cielo estrellado, qué lecciones tan sublimes hemos recibido de ti!

¡Oh Creador supremo! Si en lo infinito pudieran darse grados, te diría que me pareces inmensamente más grande desde que te considero el padre de innumerables humanidades que cuando te consideraba sin otros hijos inteligentes en la creación material más que esos abyectos gusanillos de la Tierra.

Por tantas magnificencias, por tantas bondades, por tantos beneficios derramados sobre tantos mundos, brote de los labios de todos sus habitantes un himno solemne y eterno de acción de gracias.

CAPÍTULO X

LA TESIS

Llegados ya al punto que podríamos llamar culminante en esta obra, es necesario que sinteticemos en claros y sencillos términos la tesis que pretendemos probar. Esta puede enunciarse así: *Hay que admitir la pluralidad de mundos habitados.*

Mas antes de pasar á las pruebas, es conveniente que expongamos el verdadero sentido de las palabras de esta tesis.

Y en primer lugar, cuando decimos *hay que admitir* la pluralidad de mundos habitados, no podemos indicar una obligación rigurosa y absoluta, y mucho menos una obligación dogmática; porque, como en otro lugar dijimos, la Iglesia católica no ha fijado todavía esta creencia; sino que queremos decir que

son tantos y tan poderosos los argumentos que nos prueban la pluralidad de mundos habitados, que nuestro entendimiento, ante tanta luz y tanta claridad, no puede menos de convencerse de esta doctrina, sin que le sea posible resistir á la evidencia ni dejar de inclinarse ante esta verdad, como se inclina ante cualquier demostración matemática.

En segundo lugar, cuando decimos *mundos habitados*, nos referimos naturalmente á la existencia en ellos de seres inteligentes y libres, que como nosotros nacen, crecen, mueren, se multiplican, se perfeccionan y aspiran al fin supremo, que es Dios. No es esto decir que tales seres tengan en todos los mundos la misma constitución física, moral é intelectual que la nuestra, pero sí semejante en lo esencial. En algunos quizás, á causa de que sus elementos de vida son idénticos á los de nuestro planeta, serán poco más ó menos como nosotros; en otros podrán diferenciarse por el tamaño, por la forma, por el peso y por otros accidentes, como aquí se diferencian los

blancos de los negros y los gigantes de los pigmeos. Lo cual es evidente, porque todo sér nace armoniosamente organizado, según las condiciones de existencia reunidas al rededor de su cuna; y aun después del nacimiento, en el curso de la vida, la acción de los centros influye poderosamente sobre el organismo y modifica lentamente el estado primitivo originario. Esta es la enseñanza de la naturaleza en la Tierra, átomo infinitamente pequeño en la universalidad de los mundos. Mas, aun cuando la observación terrestre no nos indujese á reconocer una variedad infinita en las riquezas de la creación, la razón nos conduciría al mismo resultado, transportándonos á los orígenes y mostrándonos en la diversidad de esos orígenes una prueba irrecusable de su diversidad presente. Porque, aun suponiendo que los elementos atómicos fuesen los mismos para diversos astros, aun cuando hubiese una unidad de sustancia para varios mundos y hasta para todos, no por eso existirían la homogeneidad y la identidad en

las combinaciones que se operan en cada mundo en su primera edad, porque las circunstancias y las condiciones difirieron para cada astro. Aquí, el calor solar dominó sobre el calor central planetario; en otros, éste fué el más poderoso. Aquí, las fuerzas plutonianas sobrepusieron á las neptunianas y se enseñorearon del mundo; en otros, la operación fué opuesta. En algunos astros, las combinaciones químicas permitieron á la electricidad, á los gases, á los vapores, entrar en acción simultánea; en otros, esas combinaciones no pudieron producirse ó fueron reemplazadas por combates entre elementos de una naturaleza del todo diferente. En unos, tales influencias tuvieron el dominio exclusivo; en otros fueron contrabalanceadas y en otros aniquiladas. Aquí, el oxígeno y el ázoe formaron con su mezcla una envoltura atmosférica inmensa, que pudo extenderse sobre la superficie entera del globo y cubrirla, y nacieron seres organizados para vivir bajo esta capa permanente; en otros astros, el carbono

dominó, revestido de propiedades heterogéneas; en algunos, la atmósfera fué una *combinación* de gases diversos, en lugar de ser una *mezcla*; los líquidos acuosos fueron un cuerpo simple en vez de ser un compuesto, y toda la creación, desde el mineral inerte hasta la inteligencia, apareció bajo la forma y según el modo más en armonía con el estado de su mundo.

De modo que, según esto, no cabe duda de que los vegetales, los animales, los reinos orgánicos, lo mismo que la materia inanimada, están sometidos á la mecánica y á la física de los globos, las cuales rigen soberanamente las funciones y determinan por su autoridad la disposición de los órganos. Todo modo de vida está por ellas organizado, y de ellas recibe el sér su forma y su ley de existencia. ¿No dependen del mundo á que pertenecemos el número y el grado virtual de nuestros sentidos? El órgano de la vista ¿no está constituido según la intensidad de la luz, el del oído según las ondulaciones del sonido en el centro

atmosférico, el olfato y el gusto según los principios olfatorios y el modo de conservación del sistema corporal? ¿No resulta de ahí que estos órganos, por medio de los cuales estamos en comunicación con el mundo exterior, dependen del estado de ese mismo mundo?

Pero ¿qué importa que no en todos los mundos sus habitantes racionales tengan nuestra misma constitución? ¿Qué importa que en algunos tengan una estatura doble mayor ó menor que la nuestra, que sus ojos sean más grandes ó más pequeños, que anden rectos ó que anden torcidos, que tengan cuernos ó no los tengan, que vuelen por el aire ó que no vuelen? Todas estas cosas, ¿no pueden calificarse de pequeñeces? Lo que interesa es reconocer bajo aquella materia, tenga la forma que quiera, un alma inteligente, libre, espiritual, capaz de conocer y dar gloria á Dios.

Por último, conviene explicar la palabra *pluralidad* que usamos en la tesis. *Pluralidad* se opone aquí á *universalidad*; esto es, no defendemos que todos, abso-

lutamente todos los astros estén actual y simultáneamente habitados, sino sucesivamente. Más claro: una gran parte de los astros están habitados; otros lo han estado y se han extinguido ya sus humanidades, como se extinguirá la nuestra después del juicio universal; otros no han recibido aún al sér inteligente por estar todavía en estado de formación y no tener las condiciones de habitabilidad, á la manera que nuestra Tierra estuvo sin el hombre durante tantos millones de años empleada en formarle este palacio que como rey debía habitar. No negamos, sin embargo, que pueda haber algún astro que, por circunstancias especialísimas, jamás haya sido ni será apta morada para la vida, puesto que no hay regla sin excepción; pero tampoco negamos que otros astros hayan tenido ó puedan tener en épocas distintas diversas humanidades, por haberse sus elementos, que una vez fueron mortíferos, saneado, purificado y renovado por mil modos posibles á la naturaleza, dirigida por la infinita sabiduría

del Todopoderoso. Y ¿quién se atreverá á negar que nuestro mismo planeta, en la larga sucesión de millares de siglos, una vez esté ya en su destino eterno la familia de Adán, no pueda ser repoblado por una nueva pareja, puesto que tan infinita como al principio será entonces la potencia creadora del Sér Supremo?

Aclarado, pues, ya el sentido de nuestra tesis, pasaremos á probarla en los artículos siguientes, valiéndonos de algunos argumentos basados en la Sagrada Escritura, en la ciencia y en la razón, procurando además deshacer las principales objeciones que contra nuestra doctrina se proponen.

CAPÍTULO XI

LA SAGRADA ESCRITURA

La Sagrada Escritura no nos dice clara, terminante y categóricamente, como muchos quisieran, que los astros estén habitados. Lo cual no es de extrañar, ya porque, escrita para el hombre, sólo se ocupa del hombre y de lo que directamente le concierne, mostrándole sus deberes en la tierra y su destino en el cielo; ya también porque, como dice San Ignacio de Loyola ⁽¹⁾ al hablar de que Jesús resucitado se apareció antes que á nadie á su Santísima Madre, “aun cuando la Sagrada Escritura no lo exprese, sin embargo supone que lo tendremos por cierto, *pues que tenemos enten-*

(1) San Ignacio, en su libro *Los Ejercicios espirituales*, en la meditación: *De Christi resurrectione et apparitione prima.*